

[...] dos mil personas pudieron contemplar, espantadas, el fallo irremediable, la sangre que inundó de inmediato la pista y el dolor de Lin-Tsé que, en su desesperación, se arrancaba los cabellos de su larga coleta y hubo de ser sacado de escena medio desvanecido. Y no era para menos, porque la víctima, la pobre Yen-Zhou, no sólo era su ayudante, sino también su esposa.

Fragmento del relato «El puñal en la garganta»,
de ROSA MONTERO

La segunda obsesión de su marido eran los zapatos. El fetichismo no formaba parte de sus vicios, así que un trastorno obsesivo era la única justificación con que Yen-Zhou podía explicarse los intensos paroxismos de Lin-Tsé cada vez que la sorprendía coqueteando con algún par.

Siempre iban juntos de compras a las mejores tiendas, y Lin-Tsé nunca torcía el gesto ante los desmadres consumistas de Yen-Zhou, por mucha lencería cara o faldas innecesarias o abrigos de pieles casi extintas que ella decidiera adquirir. Excepto cuando se trataba de zapatos. Yen-Zhou nunca lo había entendido, y por eso a veces no podía ignorar el impulso de escabullirse cuando iban a comprar, perderse de vista e intentar comprar unos tacones altos, que si bien al fin y al

cabo no eran el fetiche de su marido, sí que lo empezaban a ser para ella, debido al magnetismo irresistible de lo que nos es negado. No se sabe cómo, su marido siempre conseguía sorprenderla en el acto, justo en el surgir de ese pequeño enamoramiento material que a veces sucede entre una mujer y un zapato. Entonces toda su dulzura y delicadeza se desvanecían y aparecía en su lugar una fuente inagotable de gritos enfurecidos e impaciencia por irse, como si comprarse unos zapatos nuevos fuera comparable a hacerse el *harakiri* y él hubiera llegado justo a tiempo para evitar que la afilada daga rasgara la delicada blusa de seda e invadiera inexorablemente el abdomen de su esposa (esa terrible comparación siempre asaltaba la mente de Yen-Zhou al contemplar el lamentable espectáculo ofrecido por Lin-Tsé, e internamente se reía de lo exagerado su comportamiento, ignorando el mal presagio que habría de suponer tal símil).

Sólo cuando ya estaban lejos de las tiendas Lin-Tsé encontraba algo de paz y la abrazaba con sumo cuidado, acariciando la piel de sus hombros (increíblemente uniforme y lisa considerando que envolvía el cuerpo de una mujer de sesenta y un años), susurrándole al oído que al día siguiente le traería varios pares de zapatos preciosos que él mismo elegiría. Podía decirse que no se enfadaba con ella ni con nadie en particular; que aquello obedecía únicamente a una especie de trauma, a razones oscuras que Yen-Zhou desconocía por completo y por las que prefería no preguntar. Temía que la estabilidad, el equilibrio y la tranquilidad de Lin-Tsé fueran unos parámetros sensibles a ese tipo de intromisiones, así que prefería quedarse callada y seguir intentando no caer en la tentación de comprarse unos zapatos que ella misma eligiera. Lo último que debía hacer era perturbar a su esposo, por su propia seguridad. Aunque a veces no podía evitarlo.

Efectivamente, cada vez que tenía lugar uno de estos episodios, Lin-Tsé aparecía al día siguiente con una cantidad ab-

surda de zapatos elegidos por él. No es que fueran horribles, pero eran siempre muy planos y parecidos. A Yen-Zhou le gustaban con tacón. Los zapatos altos la trasladaban a la época de sus veinte años, antes de conocer a su marido, cuando su escasa altura era una de sus mayores preocupaciones. Hoy en día daba gracias a su cuerpecillo compacto; probablemente fue lo que atrajo a Lin-Tsé, que antes de encontrar Yen-Zhou siempre se había fijado en mujeres también pequeñas. Él era enorme. A ella le gustaba hospedarse en habitaciones de hotel con grandes espejos, para mirarse en ellos cuando hacían el amor, porque el reflejo femenino se perdía en la envergadura del cuerpo masculino, y aquello le parecía lo más cercano a estar dentro de él, lo más juntos que podían encontrarse, como si fueran la misma persona durante ese lapso. Sin embargo no le habría importado ganar unos centímetros cada vez que iban caminando juntos y surgía uno de sus frecuentes besos espontáneos, momento en el cual ella articulaba unas dolorosas puntillas y él se agachaba demasiado. Además, los tacones favorecían mucho a Yen-Zhou. Sus sesenta y un años no eran óbice para una figura perfectamente proporcionada (quizá era la emoción de sobrevivir cada noche la que la mantenía tan joven), y los zapatos altos tensaban sus gemelos haciéndola aún más atractiva. Ella era irracionalmente coqueta desde que tenía un año de edad, pensaba mucho en estas cosas, y definitivamente podía decirse que los zapatos también se estaban convirtiendo en su segunda obsesión.

Una mañana Lin-Tsé despertó enfermo. No tenía fiebre ni ningún síntoma medible, pero no paraba de temblar y no podía levantarse de la cama. Al principio, Yen-Zhou pensó que se debía a los rigores del largo viaje que acababan de realizar desde París.

—¿Qué te sucede?

—Tengo miedo, pequeña —murmuró como pudo, haciendo un notable esfuerzo para estabilizar su voz.

Comprendió que no era una cuestión de agotamiento. El equilibrio mental de Lin-Tsé parecía haberse alterado, y Yen-Zhou comenzó a temer la posibilidad de haber sido ella la responsable de perturbar su mente, al fin: hacía unos días había vuelto a ocurrir el episodio de los zapatos en una lujosa boutique de la capital francesa.

—¿De qué? —preguntó ella, aterrorizada, temiendo una respuesta sin sentido alguno.

—Creo que puedo hacerte daño. No puedo quitarme de la cabeza ese pensamiento.

Yen-Zhou sintió cierto alivio. Lin-Tsé no había perdido la cordura, pero tenía que tranquilizarlo. No podía correr riesgos.

—Amor, tú jamás podrías hacerme daño. Eres demasiado bueno, el mejor, y lo sabes —dijo con suaves y pequeñas palabras, porque a Lin-Tsé le gustaba que ella le hablara así, muy cerca y bajito, de forma que sus frases fueran algo exclusivo, un regalo del que sólo él era merecedor. Su marido permaneció callado y mirándola todo lo fijamente que su tiritera le permitía, como si quisiera memorizar su rostro a pesar de tenerlo ya tatuado en la corteza del alma—. Tranquilízate. Voy a bajar al restaurante a pedir una infusión. Ya verás cómo pasa rápido.

—No salgas del hotel, pequeña. No me gusta que vayas sola. Además, acabamos de llegar y no conoces la ciudad —dijo Lin-Tsé, cediendo esta vez el temblor incesante de su cuerpo a todas sus palabras.

En el restaurante del hotel Europa de Madrid no tenían infusiones tranquilizantes. Preguntó en la recepción y la remitieron a un comercio especializado que no quedaba muy lejos. Yen-Zhou jamás había desatendido los deseos o las órdenes de su esposo, pero tampoco se había visto nunca en tal situación. Si quería llegar viva al día siguiente tenía que salir del hotel y buscar algo que pudiera calmar a su marido. Los peligros de caminar sola por aquella ciudad no podían ser

comparados con el riesgo de abandonarse a Lin-Tsé en su estado actual.

Y así, como les es propio a muchos personajes literarios y algunos reales, Yen-Zhou emprendió el camino hacia su destino intentando esquivarlo. Sólo tardó diez minutos en llegar a la tienda. Compró tila (hubiera preferido aquilea, más apropiada para estas ocasiones, pero allí ni siquiera la conocían) y comenzó a desandar el camino hacia el hotel, infundiendo a sus escuetos pasos toda la velocidad que podía. Sin embargo, tal rapidez no impidió que cierto objeto que en el camino de ida no había visto se colara en su visión periférica. Sin darse cuenta, paró en seco ante aquel escaparate.

La pieza era de terciopelo rojo por fuera e interiormente forrada de un tejido negro brillante. La puntera trazaba una curva perfecta, ni muy puntiaguda ni muy roma, y los filos laterales formaban una original línea cóncava que lo hacía fácilmente distinguible de los demás. El tacón era alto, delicado, soberbio, y entre él y la suela delantera se dibujaba un arco suave que recordaba a unas caderas acostadas. Puede que no fueran los zapatos más bonitos que hubiera visto en su vida, pero lo eran lo suficiente como para tentar a la suerte y probárselos. Al vérselos puestos, Yen-Zhou no pudo retractarse. Aunque sabía que comprarse unos zapatos era algo que no debía hacer si no quería perturbar más a Lin-Tsé, lo cierto es que no encontraba ninguna razón por la cual unos tacones nuevos fueran a poner en peligro su vida. Además, los escondería en su baúl nada más entrar en la habitación. Se los pondría esa noche. Seguro que entonces Lin-Tsé no se daría cuenta.

Cuando regresó al hotel pidió que preparasen la infusión. Ella misma la subió cuando estuvo lista. Al oírla entrar, Lin-Tsé se revolvió en la cama.

—¿Por qué has tardado tanto, pequeña? ¿No habrás salido? —el temblor seguía presente.

—He estado esperando en el restaurante. Han tardado mucho en prepararla. Aún sirven el desayuno y tienen mucho trabajo —mintió.

—Te he echado de menos —dijo Lin-Tsé tras una larga pausa.

Una vez ingerida la infusión, Lin-Tsé pareció calmarse, afortunadamente. Durmieron abrazados, ella perdida en el cuerpo de él, durante largo rato. Ya no era hora de dormir, pero ambos lo necesitarían debido a la intensa descarga de adrenalina que los esperaba por la noche.

Llegó el momento. Ambos se habían preparado concienzudamente para la ocasión. Él llevaba el torso descubierto y el pelo largo recogido en una profusa coleta. Ella vestía un precioso vestido de colores vivos, primarios y vibrantes. Se había puesto los zapatos nuevos en el camerino y se sentía muy atractiva. Su marido, sin embargo, no se había dado cuenta. Como siempre, y tal y como Yen-Zhou ya sabía, había entrado en un estado de concentración máxima en el que no podía hacer nada que se saliera de la rutina que él mismo se había impuesto. Ni siquiera mirar hacia abajo.

Lin-Tsé estaba muy cerca de su mujer, de modo que ella podía sentir su tibio aliento en la piel. Se inclinó suavemente hacia Yen-Zhou sin despegar su mirada ni un momento, y ella se vio, como siempre, obligada a apoyar el cuerpo entero en la tabla casi vertical. Lin-Tsé asió los brazos blancos y mínimos de Yen-Zhou y los colocó en cruz. Utilizando los grilletes que había anclados en la tabla, inmovilizó primero su brazo derecho, cerrando la pieza metálica sobre la delgada muñeca. Se aseguró de que su esposa no pudiera mover el brazo y, a continuación, hizo lo propio con el izquierdo. Le inmovilizó también la cintura y por último la cabeza, tras cubrirle los ojos con una cinta negra. No era necesario inmovilizar los pies, puesto que estaban firmemente apoyados en el suelo. Lin-Tsé se alejó unos metros. Ambos estaban serenos,

aunque nadie lo hubiera dicho. Desde su nueva posición, Lin-Tsé tomó aire y fijó la mirada en un punto concreto de la tabla, justo unos centímetros por encima de la cabeza de su esposa. Sin embargo, la clave no estaba en la puntería, sino en la postura y en el movimiento. Había que realizarlo siempre igual. Aquello era una especie de secreto profesional; todos pensaban que su talento era una cuestión de agudeza visual, de puntería. Sus rivales entrenaban día y noche dejándose los ojos, ignorando que aquello que debían ejercitar era una postura completamente precisa y un movimiento no menos exacto. Ni siquiera Yen-Zhou conocía tal técnica. Ella confiaba en sus ojos.

Levantó el cuchillo fingiendo apuntar hacia ese punto de la madera. Contó hasta diez. A sus oídos no llegaba ningún sonido, sus sentidos no podían concentrarse en nada que no fuera su postura o el movimiento que estaba a punto de efectuar. Finalmente lo lanzó y, como siempre, el cuchillo llevó a cabo un recorrido recto y directo hacia el punto en el que siempre se clavaba. El punto que esta noche se encontraba justo detrás de la cabeza de su esposa.

Limpiamente, la punta del cuchillo rasgó la tela negra, luego el fino párpado, la oscura pupila, y se deslizó por el humor vítreo hasta llegar al tejido más interno de su cabeza. No llegó a clavarse en la madera debido a la resistencia ofrecida por el hueso posterior del cráneo, pero iba bien. De no ser por la cabeza de Yen-Zhou, elevada unos siete centímetros más de lo habitual, la afilada punta del cuchillo se habría clavado donde siempre lo había hecho.

Los dos mil espectadores del circo Price observaron atónitos la indeleble desgracia que tuvo lugar aquella noche de 1921. El terrible suceso saltó a las páginas de los periódicos y pronto se convirtió en una historia manoseada por rumores malpensados y sospechas infundadas. Decían que Lin-Tsé había asesinado a Yen-Zhou porque ya no quería estar con

ella. Decían que al poco tiempo lo habían visto con una chica de quince años. Pero lo cierto es que la primera obsesión del famoso lanzador de cuchillos Lin-Tsé siempre había sido su esposa, y que él también lo había sido para ella.